

MERTON, Robert K.—*Teoría y estructuras sociales*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1964.

En el tratado se recogen, fundamentalmente, tres aspectos de la moderna sociología: la influencia entre la teoría y la investigación sociológica, codificación, y procedimientos desarrollados de preferencia en las tres primeras partes del contexto: la teoría sociológica, estructuras social y cultural y las comunicaciones para las masas.

La exposición es conceptual, ricamente abstracta; el autor maneja conceptos lógicamente presentados, que transforman su teoría en sistemática, la que alcanza a formarse en doctrina a través de la crítica y conclusiones a los problemas presentados, y a los paradigmas expuestos. Si alguien pretendiera que la Sociología fuese mera narración de la cultura (cultivo, quehacer) del hombre en tanto forma parte de una comunidad política (si en el pasado, sería historia, véase Alfred Weber; si en tanto presente, sociología propiamente dicha: Max Weber) Robert K. Merton, como Mannheim, en su día, vendría a demostrar lo contrario ya que su exposición es analítica, conceptual, lógica y deductiva, en un plano unitario, es decir; teórico y sistemático. De aquí que el propio título del Tratado implique las dos partes de la obra: una teoría social y un análisis estructural recogidos en las cuatro partes del sumario.

Respecto de la primera dice R. K. Merton: “Como muchas palabras, excesivamente usadas, la palabra teoría amenaza con quedar vacía de sentido. La misma diversidad de cosas a que se aplica da por resultado que con frecuencia oscurece el conocimiento, en vez de crearlo” (Pág. 15). Esta afirmación nos recuerda aquellas bien presentadas palabras con que Hans Kelsen inicia su célebre Teoría General del Estado: “La palabra que designa el objeto de la Teoría General del Estado ha servido de ejemplo a un ingenioso escritor, para poner de relieve el hecho de que el hombre sustantivo de una ciencia es siempre una palabra. a la que previamente se ha extraído todo contenido propio; un substantivo resulta tanto más aprovechable, cuando más vacío es; de una calabaza puede hacerse una botella, vaciándola de su contenido natural”.

Seguidamente pasamos a analizar algunos de los conceptos de la Parte primera del texto que el autor dedica a premisas teóricas, que tratará de esclarecer insistiendo en la necesidad de combatir lo multívoco de los términos sin lo que no es posible obtener ni la claridad del análisis, ni la adecuación de la comunicación, nos dice. Pero, la sola precisión terminológica, es insuficiente, creemos. Habrá que hacer extensivo a la Sociología, como a cualquier rama del saber, el pensamiento helleriano: “la ciencia política sólo puede tener función de ciencia si se admite que es capaz de ofrecernos una descripción, interpretación y crítica de los fenómenos políticos que sean verdaderos y obligatorios”. (H. Heller: Teoría G. del Estado edit. Fondo de Cultura Económica. México, 1947, p. 22).

Para Robert K. Merton, la cultura como elemento sociológico desempeña funciones manifiestas y latentes que, al decantar en civilizaciones de los pueblos se proyecta en funcionalismo universal. Pero ¿cuándo los elementos funcionales se transforman en ideologías? Cuando aquellos “no ceden el lugar a formas más elevadas, que a su vez también decaerán y perecerán”. Y al adentrarse en los difíciles vericuetos de la dialéctica materialista el autor ensalza la transitoriedad de las etapas sociales, sus módulos y circunstancias, en el constante devenir de la dinámica social, en primado sobre el estatismo decadente y caduco. Y aún cuando Merton pasa rápidamente sobre el tema, deducimos que sienta las bases para un adecuado concepto de lo ideológico equivalente a ideas muertas, obsoletas del pasado, incrustadas cual rémoras en un presente, (podríamos aclarar que la estructura social moderna iniciada hace tres siglos está asentada sobre resacas raíces de convencionalismos sociales feudales, (prejuicios, dogmas, oscurantismos, cánones más bien tribales que religiosos, verdaderos tabús acomodaticios sobre los que el hombre común y corriente se siente seguro frente a la sociedad, la naturaleza y el cosmo).

Pero no es la dialéctica el método que va a elegir nuestro autor, sino el del análisis

funcional tanto de los fenómenos que contribuyen al equilibrio social, como las del desequilibrio en un análisis "que se aproxima a la lógica de la experimentación"... «consideramos el análisis funcional como un método para la interpretación de datos sociológicos».

Esto no es negar el importante papel de la orientación funcional para sensibilizar al sociólogo de la recolección de tipos dados que de otro modo pueden ser olvidados... A pesar de la etimología de la palabra los datos no son dados sino que son arbitrados "con la inevitable ayuda de conceptos. En el proceso de hacer una interpretación funcional, el análisis sociológico encuentra, invariablemente necesario, obtener datos diferentes de los inicialmente buscados. La interpretación y recolección de datos están, pues, inextricablemente entrelazadas con el conjunto de conceptos y proposiciones relativas a estos conceptos" (pág. 64).

Pero, al igual que ha de ocurrirle al historiador, o al historicista, a todo observador de los hechos sociales necesariamente ha de plantearse el dilema sobre qué datos han de ser admitidos y cuales rechazados. Aquellos han de ser valorados en orden a una importancia preconcebida. Es decir, los datos aceptados son interpretados según criterios personales del investigador. Estamos en presencia del relativismo subjetivista escollo, o más bien, pared cerrada, de las ciencias no exactas en las que A puede ser B, o C, porque no se opera con el difícil, pero exacto, tener que ser, sino con el puede que sea (los infinitivos son sustituidos por condicionales. O más bien por condicionados, de interrelaciones subjetivas, comenzando por las del propio investigador).

Sin embargo R. K. Merton nos ofrece todo un intento metodológico por alcanzar la interpretación objetiva del hecho social mediante reglas que van desarrollándose en el transcurso de su tratado, y que aplica, posteriormente, a análisis de estructuras doctrinales (p. e. Veblen) y política (personas, grupos, subgrupos, etc.). Y así, uno de los incisos de mayor aportación original es el de la exposición y «análisis de la armonía social» falta relativa de normas de una sociedad o de un grupo" (págs. 169 y sigs). Haciendo la obligada referencia a Durkheim y a MacIver con su criterio psicológico, «Anomia es un estado de ánimo en que está roto, o mortalmente debilitado, el sentido de cohesión social principal resorte de su moral del individuo" llega R. K. Merton a la siguiente conclusión, altamente convincente: "el concepto sociológico de anomia... presupone que puede concebirse últimamente que el ambiente más destacado de los individuos envuelve la estructura cultural, por una parte, y la estructura social, por otra... La estructura cultural puede definirse como el cuerpo organizado de valores normativos que gobiernan la conducta que es común a los individuos de determinada sociedad o grupo. Y por estructura social se entiende el cuerpo organizado de relaciones sociales que mantienen entre sí diversamente los individuos de la sociedad o grupos... La anomia es concebida, entonces, como la quiebra de la estructura cultural... Cuando hay una disyunción aguda entre las normas y los objetivos culturales".

El inciso relativo a los indicadores de la anomia y el capítulo titulado Teoría del grupo de referencia muestran la complejidad de los problemas sociales al tratar de descifrar lo que Heller denomina fuerza normativa de los hechos. Pero R. K. Merton vuelve a incurrir en el peligroso relativismo subjetivista, cuando, después de aceptar el enunciado del sociólogo W. I. Thomas de que "si los individuos definen las situaciones como reales, son reales en sus consecuencias", concluye que el sentido de las situaciones reales depende del criterio personal. Tratando de encontrar bases objetivas para el análisis de los hechos sociales, menciona los métodos que, con la misma pretensión, adop-

taron Rickert, Mannheim, Weber. Del primero menciona su conocida búsqueda de la investigación del objeto (relación-proyección) y de su imprecisión entre incorrelación (invalidez) y perspectiva (unilateralidad) (pág. 501). La perspectiva de Mannheim, nos dice R. K. Merton, no es esencial en el reconocimiento del ámbito social. Es "poco más que una repetición de la idea de *Werbeziehung* que sostiene ("que los valores son relevantes para la formación del problema científico y la elección de materiales, pero son irrelevantes para la validez de los resultados)".

1º). Es decir, relación de valores.

Los tres mencionados sociólogos, en opinión de Merton, sostienen el criterio de que los valores y la estructura social norman y orientan las investigaciones subjetivas hacia una dirección, que no representa ninguna novedad en el pensamiento de Rickert, Weber, ni Mannheim, pues con anterioridad fue formulado, a comienzos del siglo XIX por otros autores entre ellos Cumpłowickz, materialista de base racista, precursor de Franz Oppenheimer, en alguno de los fundamentos del materialismo político-económico de este autor. Y sabido es que la pretensión de objetividad de la "autognosis" diltheyniana, cae por su base con la crítica que la selección, y valoración de los hechos históricos procede de un juicio previo, o prejuicio, en su acepción no peyorativa, el que, en definitiva, depende del sustrato cultural del investigador. Trasplantándolo a lo social diremos que la interpretación de las estructuras, de un presente o de un pasado, implica juicios previos valorativos. Y con ello volvemos a toparnos con la maraña del relativismo subjetivista que sociólogos y políticos tratan de evadir. Pero R. K. Merton, en el texto de referencia ha tratado de mostrarnos algunos posibles caminos que nos conduzcan a una interpretación objetiva de la estructura social contemporánea.

Aurora ARNÁIZ,  
Profesora de la Facultad de  
Derecho de la U. N. A. M.